

CAPÍTULO XV

Un cuadro de Leopoldo Robert

Dejemos que Héctor Caraffa siga los extraviados senderos de la montaña, y seguros de llegar antes que él, tomaremos, con permiso de nuestros lectores, la carretera de Nápoles á Roma, la misma que al abandonar la corte de las Dos Sicilias tomó nuestro embajador Domingo José Garat; y sin detenernos en el campo de Sessa donde maniobran las tropas del rey Fernando, ni en la torre de Castellone-de-Gaeta, impropriamente llamada sepulcro de Cicerón; sin hacer caso del carruaje de nuestro embajador que al galope de cuatro caballos baja la cuesta de Castellone, llegaremos á Itri, ciudad donde Horacio, en su viaje á Brindis, cenó en casa de Capitón y durmió en la de Murena.

Pero nosotros no vamos á Itri á pedir hospitalidad, ni tampoco tenemos que apurarnos por la cena, puesto que sólo permaneceremos algunas horas

en casa del maestro carretero de aquel punto, donde vendrá pronto á reunírsenos, gracias al pésimo estado del camino que recorre, nuestro embajador el ciudadano Garat.

La casa de D. Antonio della Rota — que así se llama el maestro carretero — se alza en un sitio que prueba la inteligencia y el buen cálculo de su propietario: enfrente de ella está la fonda del *Riposo d'Orazio*; al lado, el relevo de postas. Don Antonio había pensado con muchísima cordura que, estableciéndose junto al relevo, donde todos los viajeros cambiaban de tiro, y frente á la fonda á donde casi todos iban á reparar el estómago, atraídos por el recuerdo clásico del gran poeta, ningún carruaje desvencijado en aquellos famosos caminos en que el mismo rey había volcado más de una vez podía escapar á su jurisdicción.

Y en efecto: gracias á la incuria de los inspectores de S. M. napolitana, la industria del maestro carretero marchaba viento en popa. Esto supuesto, nuestros lectores no extrañarán el alegre rumor que sale de su casa, rumor ocasionado por el sonido del tamboril nacional y por los acordes de la española guitarra.

Bien es cierto que, además del humor placentero que en todo industrial produce siempre el próspero

estado de su industria, D. Antonio tenía aquel día un motivo particular de júbilo: casaba á su hija Francesca con Pepino, su primer operario, al cual pensaba dejar su establecimiento cuando se retirase de los negocios.

Atravesemos, pues, el sombrío pasadizo que cruza la casa en toda su anchura; echemos una mirada al patio y al jardín y veremos que tan severa, triste y silenciosa como aparece la fachada anterior, esto es, la que da á la calle, tan animada, alegre y bulluciosa es la posterior.

Esta parte de la propiedad de D. Antonio se compone de un terrado con balaustrada, desde el cual se baja por una escalera de seis peldaños á un patio, cuyo suelo está formado de una especie de tierra arcillosa, patio que en la época de la recolección sirve de era para trillar el trigo. Varias parras, que arrancan del tronco de los árboles vecinos y extienden sus trepadores brazos hasta la blanca fachada del edificio, cubren el patio y el terrado de una inmensa bóveda de follaje, y las suaves medias tintas de sus verdes festones, que el soplo de la brisa pone á cada paso en movimiento, apagan el vivo reflejo de la cal de la pared y se armonizan admirablemente con el color encarnado de las tejas, cuyas agudas aristas se destacan en el azul

de cielo. El sol de una de las primeras mañanas de otoño colora el cuadro con su cálida lumbre y filtra sus rayos por los intersticios del apretado follaje, tapizando de móviles y doradas placas las baldosas del terrado y el suelo del patio.

Más allá se extiende el huerto, esto es, un plantío de álamos sin ninguna simetría, cuyos troncos enlazan vigorosas vides de las cuales penden racimos de color de púrpura que harían honor á la tierra prometida; aquellos racimos son tan numerosos, que cada transeunte se cree con derecho de arrancar de la cepa un par de gajos para apagar la sed ó satisfacer su golosina; por su parte, los tordos, los mirlos y los gorriones sacan también la tripa de mal año picoteando incesantemente las mejores uvas. Algunas gallinas que corren acá y acullá por entre los álamos, bajo la mirada ardiente y dominante de un gallo grave y majestuoso, contribuyen á aligerar el peso de las vides, bien recogiendo los granos que las aves dejan caer al suelo, bien saltando hasta los racimos inferiores de los cuales quedan algunas veces colgadas por el pico, pues tal es la voracidad con que los atacan. Pero ¿qué importa este enjambre de merodeadores y parásitos á aquella fecunda y pródiga naturaleza? por mucho que coman, siempre quedará lo bastante para que la

vendimia satisfaga las necesidades del año. La providencia ha sido inventada expresamente para las almas inactivas, para los seres apáticos.

Detrás de las tapias del huerto empieza la falda de los montes Apeninos, de esas montañas donde se refugia y mantiene, á cada nueva conmoción política que sacude la llanura y los valles, la salvaje y hostil independencia de los *brigantes* ó latro-facciosos.

Y ahora que hemos alzado el telón y hecho ver el escenario, pongamos á los actores en escena.

Éstos se dividen en tres grupos.

Forman el primero los hombres que se titulan razonables, — no por su exceso de razón, sino por la pérdida de su juventud, — los cuales, presididos por maese Antonio della Rota, se hallan sentados en el terrado alrededor de una mesa cubierta de botellas de largo cuello y vientre forrado de paja.

Componen el segundo los jóvenes de ambos sexos entretenidos en bailar una tarantela bajo la dirección de los novios, Francesca y Pepino.

Por último, los tres músicos de la orquesta forman el grupo tercero : uno de aquellos músicos rasca las cuerdas de una guitarra; los otros dos tocan la pandereta. El guitarrista está sentado en la última grada de la escalera que sirve de comunicación entre el patio y el terrado; los pandereteros ó pan-

deretólogos, como ahora se llaman, se hallan de pie junto á él, á fin de conservar la libertad de sus movimientos y de poder tocar á todo trapo, ó lo que es igual, con los talones, la cabeza, los codos y las rodillas.

El único espectador de esta animada escena es un joven de veinte á veintidós años, el cual se halla apoyado de codos en la medio derrumbada pared medianera que separa el patio de D. Antonio del de su compadre y vecino el guarnicionero Giansimone.

Aquel espectador, á pesar de su inmovilidad y aparente indiferencia, es sin duda un motivo de inquietud para D. Antonio, para Francesca y para Pepino, puesto que de cuando en cuando le dirigen una mirada cuya expresión deja conocer claramente el disgusto que les ocasiona su presencia.

Como en el drama que vamos á referir sólo el joven de la pared medianera está llamado á desempeñar un papel importante, mientras que los demás personajes no serán sino comparsas ó actores secundarios, prescindiremos por ahora de ellos para consagrar algunas líneas al taciturno observador.

Según hemos dicho, es un muchacho de veinte á veintidós años, de talle esbelto, cabellos de un rubio encendido que tira á color de fuego y ojos grandes, azules é inteligentes, que en ocasiones adquieren

una expresión de extraordinaria ferocidad; su nariz es recta, y sus delgados labios, un poco levantados en sus extremidades, dejan ver dos hileras de dientes pequeños, blancos y agudos como los de un chacal; conócese que su cutis, cuya blancura manchan algunas pecas, no ha estado expuesto al rigor de las intemperies; por último, para terminar el retrato de aquel extraño joven medio labriego y medio ciudadano, diremos que empieza á sombrear su cara una barba naciente, cuyo color es más encendido aún que el de sus cabellos, y que en su aire, en sus maneras, en su vestido, hasta en el sombrero de anchas alas que cubre su cabeza hay algo que á tiro de ballesta denuncia al ex-seminarista.

Y efectivamente : aquel joven llamado Miguel Pezza, en vez de ser mozo de labranza como sus dos hermanos mayores, fué destinado en un principio, á causa de su débil constitución, á la carrera de la Iglesia; para un campesino de la Tierra de Labor, de los Abruzzos, de la Basilicata ó de las Calabrias, el non plus ultra de la ambición es tener un hijo eclesiástico. Por consiguiente, su padre lo mandó á la escuela de Itri, y tan pronto como aprendió á leer y escribir, obtuvo del cura de la iglesia de San Salvador que le concediese la plaza de sacristán.

Todo marchó á pedir de boca hasta la edad de

quince años; y la unción con que el chico ayudaba á misa, la beatitud con que balanceaba el incensario en las grandes procesiones y la humildad con que agitaba la campanilla cuando acompañaba el santo viático, le habían granjeado las simpatías de las almas devotas, quienes, anticipándose al porvenir, le dieron de antemano el nombre de fray Miguel, por el cual se acostumbró á responder el joven sacristán; pero el tránsito de la adolescencia á la virilidad produjo probablemente en el clérigo en ciernes un cambio físico cuya influencia se dejó sentir en la parte moral. En vez de permanecer en la iglesia, empezó á buscar poco á poco los placeres que hasta entonces había rehuído, y si bien no se mezclaba todavía con los bailadores de las tarantelas domingueras, veíasele mirar con ojos de envidia á los que tenían una linda pareja. Una tarde le encontraron bajo los álamos armado de una escopeta, persiguiendo á los tordos y á los mirlos; una noche oyeron en su cuarto los sonidos de una guitarra que pulsaba una mano todavía novicia : y un domingo, animado por el ejemplo del rey David, que no obstante su santidad bailó ante el arca santa, hizo con bastante soltura su primer paso de tarantela. Así pasó un año fluctuando entre el piadoso deseo de sus parientes y su vocación mundana. Por último,

apenas cumplió diez y ocho abriles, declaró que después de haber consultado concienzudamente sus gustos y sus inclinaciones, se había decidido á renunciar á la Iglesia y á reclamar su parte en la sociedad y en las pompas y vanidades de Satanás. Esto era precisamente lo contrario de lo que hacen los neófitos, los cuales abjurán el mundo y renuncian á Satanás y á sus pompas.

Con arreglo á estas ideas, fray Miguel solicitó entrar de aprendiz en casa del guarnicionero Giansimone, asegurando que su verdadera vocación, de la cual le había separado por un momento la sacristanía, le arrastraba de un modo irresistible hacia el manejo de la aguja albardera y la fabricación de frenos, collares y sillas de montar.

Semejante cambio arrebató á la familia Pezza la consoladora esperanza de ver á uno de sus miembros convertido en cura, ó cuando menos, convertido en capuchino ó carmelita, y no hay para qué decir cuál sería su pesadumbre; pero fray Miguel se mantuvo en sus trece con tal firmeza que no hubo más remedio que ceder.

En cuanto á Giansimone, en cuya casa quería entrar de aprendiz el antiguo sacristán, no tuvo ningún inconveniente en admitirle; al contrario, la elección lisonjeó hasta cierto punto su amor propio de guar-

nicionero. Fray Miguel no era ya el famoso aspirante al reino celestial que las almas devotas habían previsto; pero tampoco era lo que se llamaba una mala cabeza. Sólo en dos ó tres ocasiones, en que la razón estaba de su parte, preciso es confesarlo, había probado que no se dejaba sopetear; y un día en que su antagonista, creyendo cogerle desprevenido, había sacado un cuchillo de la faja, fray Miguel metió mano á la faltriguera, sacó también su *escarbadientes*, y de tal modo le esgrimió, que desde entonces no hubo nadie que tratara de volver á buscarle el bulto. Además, poco á poco, y disimuladamente, como acostumbraba hacer todas las cosas, — lo cual era tal vez un defecto de su educación clerical — había llegado á ser un bailarín de primera fuerza y uno de los mejores tiradores de la población. Por último, aunque nadie le había conocido maestro, punteaba la guitarra tan dulce y armoniosamente, que siempre que se entregaba á este ejercicio, casi todas las muchachas que paseaban por debajo de su ventana se detenían á oírle.

Pero entre todas las chicas de Itri, una sola había tenido el privilegio de fijar la atención del exsacristán, y esa era precisamente la que parecía más insensible á los acordes de su vihuela.

Aquella desdeñosa era Francesca, la hija de maese Antonio el carretero.

Nosotros, que en nuestra calidad de historiadores y novelistas, sabemos respecto á Miguel Pezza muchas cosas que sus mismos conciudadanos ignoran todavía, no vacilamos en afirmar que lo que había determinado á nuestro héroe á elegir el oficio de guarnicionero y á Giansimone por maestro, fué la vecindad de su casa con la de maese Antonio, y en particular, aquella tapia medianera casi arruinada, que tan fácilmente podía escalarse; máxime teniendo la agilidad de Miguel, tapia que, gracias á su ilusoria división, hacía que los dos huertos no fueran sino un solo cercado. Hay más: podemos asegurar con la misma certeza que si Giansimone, en vez de ser guarnicionero, hubiera sido sastre, cerrajero ó zapatero, con tal de que ejerciese su oficio en el mismo local, fray Miguel habría experimentado por la tijera, la lima ó el tirapié, la misma inclinación que por el respunteo de los frenos y de las sillas.

El primero que se apercibió del secreto que acabamos de divulgar, fué maese Antonio: la constancia con que el aprendiz de guarnicionero, una vez acabado su trabajo, se ponía á la ventana que dominaba el terrado y el jardín del fabricante de vehículos, le pareció un hecho sospechoso y digno de

esclarecimiento. Así, pues, empezó á examinar la dirección de las miradas de su vecino, y no tardó en convencerse de que aquellas miradas, vagas y distraídas cuando Francesca se hallaba ausente, adquirirían extraordinaria fijeza y maravillosa expresión desde el instante en que la joven aparecía en el terrado. Este mudo lenguaje, que Francesca había notado hacía ya tiempo, no dejándole duda ninguna acerca del sentimiento que inspiraba, fué para su padre una revelación.

Seis meses llevaba fray Miguel de aprendizaje en casa de Giansimone cuando maese Antonio llegó á comprender el motivo de su constancia en ponerse á la ventana: el descubrimiento no le inquietó gran cosa, porque habiendo consultado á su hija sobre el particular, Francesca le confesó que Pezza le era indiferente y que sólo amaba á Pepino.

Como este amor entraba en las miras de maese Antonio, aplaudió con todas las veras de su alma la elección de su hija; sin embargo, pareciéndole que la indiferencia de Francesca no sería tal vez obstáculo bastante poderoso contra los intentos del joven aprendiz, determinó alejarle de la vecindad, empresa que le parecía tanto más fácil, cuanto que maese Antonio y Giansimone, además de ser vecinos y amigos eran también compadres, título que

entre las familias de la Italia meridional es un gran lazo de unión. Consiguiente á esto, se presentó una mañana en casa de su compadre, le expuso el motivo de su visita y le pidió como una prueba de amistad que no podía menos de concederle, que echase á la calle á fray Miguel : Giansimone encontró muy justa la solicitud del padre de su ahijada y le prometió satisfacer su deseo á la primera ocasión de disgusto que le diera su aprendiz.

Pero no parecía sino que fray Miguel, tenía, como Sócrates, un genio familiar. Á partir de aquel momento, el joven ex-sacristán, que ya antes era un muchacho aplicado, fué un modelo de aprendices. En vano buscaba Giansimone algo que echarle en cara ; su aplicación y su conducta eran irreprochables. Asiduo al trabajo, en vez de las ocho horas que, según lo convenido con su maestro debía consagrarle diariamente, pasaba en el taller ocho y media ó nueve. Tampoco había nada que decir respecto á la perfección de la obra : Miguel hacía tales progresos, que los parroquianos empezaban á preferir las piezas confeccionadas por el obrero á las que trabajaba el mismo Giansimone. En cuanto á su conducta no podía ser más ejemplar : una vez acabada su tarea, Miguel subía á su cuarto, y allí permanecía hasta la hora de la cena; después de ce-

nar, entraba de nuevo en su chiribitil y no salía sino para bajar al obrador á la mañana siguiente. Giansimone pensó tomarla, no teniendo otro recurso, con su afición á la guitarra, y decirle que las vibraciones de su instrumento le hacían un daño horrible; pero también este cálculo salió fallido : el joven había abandonado espontáneamente su pobre vihuela desde el día en que echó de ver que sus acordes no llegaban al corazón de aquella á quien se dirigían.

No transcurría una semana sin que maese Antonio se quejase al guarnicionero de no haberle cumplido su promesa de echar á la calle al aprendiz. Á cada nueva queja de su compadre, Giansimone prometía despedirle en la semana próxima; pero expiraba el plazo, llegaba el domingo, y fray Miguel aparecía en su observatorio con la misma asiduidad que el domingo precedente.

Acosado por las repetidas exigencias de maese Antonio, Giansimone se decidió por fin una mañana á significar á su aprendiz que debían separarse lo más pronto posible.

Fray Miguel hizo que le repitiera dos veces aquella despedida; luego, fijando su mirada límpida y resuelta en los turbados ojos de su maestro :

— Y ¿se puede saber por qué debemos separarnos? le preguntó.

— ¡Cómo! replicó el guarnicionero aparentando dignidad, ¡te permites interrogarme?

— Tengo derecho de hacerlo, respondió tranquilamente fray Miguel.

— ¿Derecho?

— Sin duda; cuando entre dos personas hay un contrato...

— ¡Entre nosotros no hay ninguno! interrumpió Giansimone; ¡yo no he firmado ninguna escritura de tenerte siempre en mi casa!

— Cierto es que no la habéis firmado: pero no por eso deja de haber un convenio; entre personas honradas, basta con la palabra sin necesidad de escrituras.

— ¡Personas honradas!... balbuceó el guarnicionero.

— ¿No sois un hombre honrado? preguntó Miguel con la mayor calma.

— Sí, que lo soy.

— Pues bien, entonces repito que hay entre nosotros un contrato con arreglo al cual yo debo servirlos como aprendiz y vos debéis enseñarme vuestro oficio, sin que tengáis derecho de ponerme en la calle, á menos que no os dé motivo de queja.

— Bueno; pero ¿y si me lo dieras? ¿eh?

— ¿Os los he dado?

— Me los estás dando á cada momento.

— ¿Cuáles?

— ¡Muchísimos!... ¡quién va á acordarse ahora de ellos!

— Pues yo os ayudaré la memoria. ¿Soy holgazán?

— No por cierto; mentiría si lo dijera.

— ¿Soy alborotador?

— Tampoco.

— ¿Soy borracho?

— ¡Oh! lo que es en cuanto á eso, no bebes sino agua pura.

— ¿Soy libertino?

— ¡Desventurado! ¡sólo eso te faltaba!

— Pues si no soy ni libertino, ni borracho, ni alborotador, ni holgazán, ¿queréis decirme qué motivos de queja podéis tener de mí?

— Tengo... tengo... ¡que no congeniamos!

— ¿Que no congeniamos!

— No, tu carácter no se aviene con el mío.

— Pues ¡si nunca hemos tenido una disputa!... ¡si hoy es la primera vez que no estamos de acuerdo!

— ¡Ah! supongo que no te atreverás á negar que eres muy testarudo.

— ¿Porque no quiero marcharme de vuestra casa?

— ¡Hola! ¡confiesas que no quieres marcharte!

— Pues ¡ya se ve que no quiero!

— ¿Y si yo te echase?

— ¡Oh! si me echaseis, sería distinto.

— Entonces, ¿te irías?

— Sí; pero como habríais cometido conmigo una injusticia que no merezco, y como esa injusticia sería un insulto que yo no perdonaría...

— Y bien, ¿qué? preguntó Giansimone.

— Tan cierto como me llamo Miguel Pezza, añadió el joven con la misma calma y con la misma entonación de voz, mirando fijamente al guarnicionero, que os partiría el corazón de una puñalada.

— ¡Y será capaz de hacerlo como lo dice! exclamó Giansimone dando un brinco hacia atrás.

— ¿No es verdad que estáis bien seguro de ello? preguntó Miguel.

— Sí, hijo mío, sí: te creo sin necesidad de que me lo jures.

— En ese caso, querido maestro, puesto que habéis tenido la suerte de encontrar un aprendiz que no es ni perezoso, ni borracho, ni libertino, y que por añadidura os respeta y os quiere entrañablemente, más vale que vayáis á decir á D. Antonio que sois

demasiado honrado para echar á la calle á un pobre muchacho de quien no tenéis ningún motivo de queja. ¿Es cosa convenida?

— Sí, respondió Giansimone. Después de todo, eso me parece lo más justo.

— ¡Y lo más prudente! añadió el joven en tono irónico. ¿De modo, que no hay más que hablar?

— ¡Cuando te digo que descuides!

— ¿Vuestra mano?

— Hela aquí.

Fray Miguel apretó cordialmente la mano á su maestro y volvió á continuar su interrumpida tarea con la misma calma que si nada hubiese pasado entre los dos.

CAPÍTULO XVI

Fray Miguel

El día siguiente era un domingo. Fray Miguel se vistió para ir á misa, deber al cual no habia faltado ni una sola vez desde que renunció á la sacristanía para hacerse guarnicionero. En la iglesia encontró á sus padres, á quienes saludó piadosamente, y una vez acabada la misa, los acompañó á casa y allí les pidió permiso — que obtuvo sin dificultad — para casarse con la hija de D. Antonio, caso que éste se la concediera. Luego, para no tener nada que echarse en cara, fué á casa del maestro carretero á pedirle á Francesca.

La presencia de Miguel causó gran extrañeza á don Antonio, quien á la sazón conversaba con su hija y su futuro yerno. No atreviéndose el compadre Giansimone á contarle lo que le habia pasado con su aprendiz, le habia dicho, como siempre, que tu-

viese paciencia que en toda la semana entrante le complacería.

La conversación fué interrumpida tan bruscamente al entrar Miguel, que el joven adivinó sin dificultad que se trataba de asuntos de familia, en los cuales no querían iniciarle.

Pezza saludó cortésmente, y en seguida preguntó á D. Antonio si quería concederle el favor de escuchar á solas algunas palabras.

El maestro carretero accedió, aunque de mala gana, porque no dejaba de inquietarle una conferencia á solas con su joven vecino, y eso que estaba muy lejos de sospechar su carácter resuelto.

Á una seña suya, Pepino dió el brazo á Francesca y ambos salieron riéndose en las barbas del pobre Miguel.

Pezza no pronunció una sílaba; no hizo ni un gesto de amenaza, ni el más leve ademán de disgusto. Y sin embargo, en aquel momento le parecía que todas las víboras del tonel de D. Rodrigo se le enroscaban al corazón.

Así que traspuso la puerta la feliz pareja, que probablemente continuaba mofándose del pobre enamorado, se volvió á D. Antonio y le dijo:

— Me parece inútil anunciaros que amo á vuestra hija.

— Pues si te parece inútil, respondió el carretero en tono gruñón, ¿por qué me lo dices?

— Inútil para vos, pero no para mí que vengo á pediros la en matrimonio.

El maestro carretero soltó la carcajada.

— Se me figura, añadió Miguel Pezza sin incomodarse en lo más mínimo, que el asunto no tiene nada de risible, y creo que me asiste el derecho de que se me conteste con la misma fo malidad que yo hablo.

— Dispensa, dijo D. Antonio en tono zumbón, ¡olvidaba que el asunto es de los más serios! ¿Conque decíamos que el señor Miguel Pezza me hace el honor de pedirme la mano de mi hija?...

— Tampoco creo honraros particularmente, replicó Miguel con la misma sangre fría; el honor es recíproco, y sé de antemano que vais á rechazar mi demanda.

— Entonces, ¿por qué te expones á una negativa?

— Para tranquilizar mi conciencia.

— ¡La conciencia de Miguel Pezza! exclamó el carretero echándose á reír.

— La mía, sí, señor, prosiguió el joven con su imperturbable calma. Por ventura, ¿no tiene Miguel Pezza como D. Antonio, dos brazos para trabajar, dos piernas para marchar, dos ojos para ver, una

lengua para decir lo que siente y un corazón para amar ó aborrecer? ¿por qué no tendrá también una conciencia que le diga: «haces bien ó haces mal?»

Semejante sangre fría, que el carretero no esperaba encontrar en un muchacho tan joven, dió al traste con su tono zumbón y empezó á desconcertarle: sin embargo, asiéndose al verdadero sentido de las palabras de Miguel:

— Eso de tranquilizar tu conciencia, le dijo, ¿significa que si te niego á mi hija sucederá alguna desgracia?

— ¡Justamente! respondió Miguel con el laconismo de un espartano.

— ¿Y qué desgracia sucederá?

— ¡Sólo Dios y la hechicera Nanno lo saben! pero de que sucederá no os quede la menor duda, por cuanto á que Francesca no pertenecerá á ningún otro mientras yo viva.

— ¡Tú estás loco! anda, anda ve á ponerte un par de sinapismos para que te baje el calor á los pies.

— Me voy, pero no los necesito.

— ¡Vaya, ve te bendito de Dios! murmuró D. Antonio.

Miguel dió algunos pasos hacia la puerta: pero se detuvo á medio camino.

— Me dejáis marchar tranquilamente, le dijo,

porque esperáis que de un momento á otro acceda el compadre Giansimone á vuestra solicitud, echándome á la calle, como vos acabáis de echarme de vuestra casa.

— ¿Eh? exclamó el carretero con aire de asombro.

— ¡ No esperéis semejante cosa! nos hemos explicado y permaneceré en su obrador todo el tiempo que me acomode.

— ¡ Ah! ¿ todo eso hay?... ¡ y el traidor que me había prometido !...

— Lo que no podía cumplir... Vos tenéis derecho de echarme de vuestra casa, y por ello no os guardo rencor, porque soy para vos un extraño; pero él no le tiene, porque soy su aprendiz.

— Bien, ¿ y qué? dijo D. Antonio levantándose. ¡ Que permanezcas en el establecimiento del compadre ó que te vayas me importa un comino!... ¡ cada uno en su casa y Dios en la de todos! Pero una vez que me amenazas, también yo quiero prevenirte una cosa.

— ¿ Y es?

— Que si en lo sucesivo te encuentro en mi jardín ó rondando mis ventanas, como ya conozco tus malas intenciones, te encajo un balazo, lo mismo que si fueras un perro rabioso.

— Y estaréis en vuestro derecho; pero cuenta mía

será no exponerme á recibirle. Ahora, reflexionad lo que os he dicho.

— ¡ Oh! lo tengo reflexionado.

— ¿ Me negáis la mano de Francesca?

— Te la niego.

— ¿ Aun suponiendo que Pepino renunciase á ella?

— Aun suponiendo que Pepino renunciase.

— ¿ Aun suponiendo que Francesca consintiese en casarse conmigo?

— Descuida, que no consentirá; pero supónlo y sería lo mismo.

— Y ¿ me despedís sin tener la compasión de dejarme una esperanza, siquiera sea remota?

— Pues ¡ ni que yo hablara en griego! Te despido repitiéndote: ¡ No, no y no!

— Pensad, D. Antonio, que Dios castiga, no á los desesperados, sino á los que los sumergen en la desesperación.

— ¡ Bah! ¡ dicharachos de gente de iglesia!

— No: afirmaciones de personas honradas. ¡ Quedad con Dios, D. Antonio!

Y Miguel Pezza salió de casa del maestro carretero. Á la puerta encontró á tres ó cuatro jóvenes de Itri, á los cuales saludó sonriendo, como de costumbre. En seguida entró en casa de Giansimone.

Difícil hubiera sido sospechar, al ver su tranquila

fisonomía, que el infeliz era uno de esos desesperados de quienes hablaba momentos antes.

Miguel subió á su cuarto y cerró la puerta; pero en vez de asomarse á la ventana, se sentó en su catre, apoyó sus manos sobre las rodillas, reclinó la cabeza sobre el pecho y gruesas y silenciosas lágrimas inundaron su rostro.

Dos horas hacía que estaba en aquella actitud, dos horas que su llanto corría en silencio, cuando llamaron á la puerta.

Miguel enjugó apresuradamente sus escaldados ojos.

—¿Quién llama? preguntó levantándose.

—Yo, Gaetano.

Era la voz de uno de sus camaradas; Pezza no tenía amigos.

Volvió á enjugarse los ojos y abrió la puerta.

—¿Qué traes por aquí, Gaetano? le preguntó.

—Vengo á preguntarte si quieres venir á la alameda á jugar una partida de bochas con los amigos. Bien sé que nunca juegas; pero, en fin, he creído que tal vez te animarías hoy á venir...

—Y ¿por qué me animaría hoy más bien que otro día cualquiera?

—Porque nunca necesita uno tanto divertirse como cuando se tiene alguna pesadumbre.

—¿Y yo la tengo?

—Me lo presumo; digo, me parece que no es plato de gusto, cuando se quiere de veras, que le nieguen á uno la mujer querida.

—¿Cómo! ¿tú sabes que estoy enamorado?

—¡Oh! lo que es en cuanto á eso, nadie lo ignora en la población.

—Y ¿sabes que me han negado la mujer que amo?

—¡Vaya si lo sé! y de buena tinta... Como que es Pepino el que nos lo ha dicho.

—Y ¿cómo os lo dijo?

—¿Cómo? dice: « Fray Miguel estuvo esta mañana en casa de D. Antonio á pedir á Francesca; ¡pero se llevó unas calabazas!... »

—¿Y no añadió más?

—Sí tal; añadió que si no tenías bastante con las calabazas, él se encargaría de darte un melón para completar la cosecha de frutas.

—¿Eso dijo?

—Sin quitarle una coma.

—Pues creo que tienes razón, Gaetano, repuso Miguel Pezza después de un momento de silencio y después de haberse asegurado de que su cuchillo estaba en la faltriquera. Necesito distraerme; vámonos á jugar á las bochas.

Y ambos salieron á la calle.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1906 1625 MONTERREY, MEXICO

Los dos amigos bajaron con paso rápido, aunque sin apresuramiento, la inmensa calle que se extiende hasta Fondi, torcieron á mano izquierda, esto es, hacia el mar, y se dirigieron á una alameda de plátanos que servía de paseo á las personas formales de Itri y de gimnasio á los niños y á los jóvenes. Veinte grupos diferentes jugaban allí á toda clase de juegos, pero en particular al de las bochas, el cual consiste en aproximar una bola grande á un boliche ó bola más pequeña colocada á cierta distancia.

Miguel y Gaetano recorrieron aquellos grupos hasta llegar á aquel en que Pepino estaba jugando su partida; Pezza marchó derecho al novio de Francesca.

En aquel momento, Pepino estaba inclinado hacia el suelo discutiendo una jugada; al enderezarse, vió al aprendiz de Giansimone.

— ¡Calla! ¿tú por aquí, Miguel? exclamó estremeándose á pesar suyo ante los rayos de cólera que lanzaban los ojos de su rival.

— ¡En cuerpo y alma! ¿te causa admiración?

— No, pero creía que nunca jugabas á las bochas.

— Verdad es que nunca juego.

— Entonces, ¿á qué vienes?

— En busca del melón que me has prometido.

Pepino tenía en la mano derecha el boliche que sirve de blanco á los jugadores, cuyo tamaño era poco más ó menos como el de una bala de á cuatro: comprendiendo las intenciones hostiles de Miguel, se echó hacia atrás y le lanzó el proyectil con todo el vigor de su nervudo brazo.

Miguel, que no perdía de vista los movimientos de Pepino y que por la alteración de su fisonomía había adivinado lo que iba á hacer, bajó rápidamente la cabeza. La bola de madera, lanzada con el empuje de una catapulta, pasó silbando á dos dedos de sus sienes y fué á romperse en diez pedazos contra la pared de enfrente.

Pezza cogió un guijarro.

— Podría pagarte en la misma moneda rompiéndote la crisma de una pedrada, le dijo; pero en vez de encajártela en mitad de la frente, como hizo David con el filisteo Goliat, me contentaré con echarte abajo el sombrero.

La piedra partió silbando y arrancó el sombrero de la cabeza de Pepino atravesándole de parte á parte como si fuera una bala de fusil.

— Y ahora, ¡en guardia! continuó Miguel frunciendo las cejas; los valientes no se batan á pedradas, sino con el hierro en la mano.

Y sacó el cuchillo de la faltriquera.

Luego, dirigiéndose á los jóvenes que presenciaban aquella escena tan interesante para ellos, porque esos combates á puñaladas entran en las costumbres del país :

— Muchachos, les dijo, ya habéis visto que Pepino ha sido el agresor; pues bien, sed testigos y jueces de lo que va á pasar.

Y con el cuchillo en la mano, avanzó hacia Pepino, del cual le separaba una distancia como de veinte pasos.

— ¿ Cuantas pulgadas de hierro nos batimos? preguntó el futuro yerno de maese Antonio.

— ¡ Á hoja entera! respondió Miguel. De ese modo no hay peligro de hacer trampas.

— ¿ Á primera ó á segunda sangre?

— ¡ Á muerte!

Estas siniestras palabras se cruzaron en medio de un silencio sepulcral.

Los combatientes se quitaron la chaqueta y la arrollaron al brazo izquierdo á guisa de escudo. Hecho esto, avanzaron el uno hacia el otro, y los dos adversarios se encontraron aislados en el centro del ancho círculo que formaban los espectadores, los cuales, comprendiendo que iba á tener lugar algo de terrible, continuaban guardando el mismo silencio.

Si alguna vez hubo en el mundo dos naturalezas

opuestas, eran sin duda las de aquellos dos rivales: Pepino era rechoncho y de atlética musculatura; Pezza, delgado, ágil y nervioso; aquél debía combatir á la manera del toro; éste, á la manera de la serpiente.

El novio de Francesca, replegado sobre sí mismo, con la cabeza medio enterrada entre los hombros, los brazos echados hacia adelante y el rostro purpúreo, esperaba á su adversario dirigiéndole injurias.

Miguel, silencioso y pálido como un cadáver, avanzaba lentamente hacia su rival; la mirada de sus azules ojos parecía tener la fascinación de la del boa.

En el primero, se adivinaba el valor brutal y la fuerza física; en el segundo, una voluntad enérgica, invencible, suprema.

Fray Miguel era á todas luces el más débil y probablemente el menos diestro; pero ¡ cosa extraña! todos los espectadores habrían apostado por él, si las apuestas hubieran sido en aquellos combates moneda tan corriente como lo son en los púgiles británicos.

Las primeras puñaladas se perdieron en el aire ó entre los pliegues de las chaquetas.

De pronto, la mano derecha de Pepino se cubrió de sangre; el cuchillo de Miguel acababa de atarazarle los cuatro dedos.

Pezza pegó un salto atrás, para dar tiempo á

que su antagonista cambiase el cuchillo á la otra mano, caso que no pudiera servirse de la derecha.

Pepino cogió el cuchillo con los dientes, vendó la herida con el pañuelo, cambió la chaqueta al otro brazo y empuñó el arma con la mano izquierda.

Miguel hizo lo mismo, á fin de no tener ninguna ventaja sobre su adversario.

Al cabo de un minuto, Pepino recibió una segunda herida en el brazo izquierdo.

Entonces lanzó un rugido, no de dolor, sino de rabia; empezaba á comprender el designio de su enemigo: Pezza quería desarmarle.

Y en efecto: con la mano derecha que tenía completamente libre, Miguel agarró la muñeca izquierda de Pepino, y se la sujetó entre sus largos, delgados y nerviosos dedos con la fuerza de una tenaza.

El novio de Francesca trató de desprenderse de aquella presión que inutilizaba su arma y dejaba á su enemigo tiempo bastante de enterrarle su puñal en el corazón, si hubiera querido hacerlo; pero todo fué inútil, el hejucu triunfaba de la encina.

El brazo de Pepino se entumía por momentos; el cuchillo de su adversario le había abierto una vena, y el herido perdía rápidamente la sangre y el vigor. Al cabo de algunos segundos, sus enervados dedos se abrieron y el arma se le escapó de la mano.

Pezza le puso el pie encima, lanzando al mismo tiempo una alegre exclamación que probaba que por fin había obtenido el resultado que apetecía.

Al verse desarmado, Pepino comprendió que no le quedaba más que un recurso que inmediatamente puso por obra: se arrojó sobre su rival y ciñó su cuerpo con sus nervudos aunque ensangrentados brazos.

Lejos de rehusar este nuevo género de combate, en el cual hubiera podido creerse que iba á ser ahogado como Anteo, Pezza cogió el cuchillo con sus dientes para demostrar que no era su ánimo aprovecharse de la ventaja, y se abrazó también á su enemigo.

Entonces los dos luchadores hicieron esfuerzos supremos por derribarse, poniendo en práctica cuantos ardidés pueden sugerir la astucia y la destreza; pero estaba escrito que el futuro yerno de D. Antonio había de ser vencido en aquella lucha como en el combate precedente, y eso que en aquel género de ejercicio no había encontrado rival entre sus compañeros. Los espectadores miraban la escena con ojos de asombro.

Pezza, cuyo vigor no había disminuído, hizo un último esfuerzo, imprimió á Pepino una terrible sacudida, que estaba lejos de esperar de tan endeble enemigo, le hizo perder pie y los dos luchadores

vinieron al suelo como dos encinas heridas por el rayo.

Peró Miguel cayó encima.

Antes que los circunstantes hubiesen vuelto de su estupor, la rodilla de Miguel estaba sobre el pecho de Pepino y la punta de su puñal amenazándole la garganta.

Pezza rechinaba los dientes de alegría.

— Señores, dijo ¿ha sido la lucha leal y en toda regla?

— ¡ Leal y en toda regla ! respondieron en coro los espectadores.

— ¿ Me pertenece la vida de Pepino ?

— Te pertenece.

— Y tú, Pepino, ¿ qué dices ? le preguntó haciéndole sentir la punta de su puñal. ¿ Eres de la misma opinión ?

— ¡ Mátame, mátame ! ¡ estás en tu derecho ! murmuró el vencido con voz ahogada.

— Si estuvieras en mi lugar, ¿ me matarías tú ?

— Sí, ¡ vive Dios ! y sin tantos rodeos.

— ¿ De modo que convienes en que tu vida es mía ?

— Convengo en ello.

— ¿ Completamente mía ?

— Sí.

Pezza se aproximó á su oído y le dijo en voz baja :

— Pues bien, te la perdono, ó mejor dicho te la presto ; ¡ pero á condición de cobrármela el día en que te cases con Francesca !... ¿ lo oyes ?

— ¡ Ah ! ¡ miserable ! exclamó Pepino ; ¡ tú eres un demonio del infierno !... ¡ en vez de llamarte fray Miguel deberían llamarte fray Diablo !

— Llámame como te dé la gana, repuso Pezza ; pero acuérdate de que tu vida me pertenece, y de que si llega el día que ya sabes, no te pediré permiso para disponer de ella.

Dicho esto, se levantó, limpió la sangre de su cuchillo en la manga de la camisa, y metiéndosele tranquilamente en la faltriquera :

— Estás libre, Pepino, continuó, y puedes seguir tu partida de bochas.

Y se alejó lentamente, después de despedirse de sus compañeros, á los cuales dejaba admirados y haciendo comentarios sobre lo que había podido decir en voz baja á su rival. Pepino, inmóvil y medio incorporado, permanecía en tierra en la actitud del gladiador herido.